

TRAPALANDA

Mientras muere la patria sin saber que se muere,
mientras se va muriendo de a poco, lentamente,
sin haberse enterado de que el mal que padece
es un mal pavoroso, preludio de la muerte.

Se nos muere la patria y ni ella se ha enterado
de que se está muriendo, de que está agonizando.
Se nos muere la patria, se nos va de las manos
como se escurre el agua de un cántaro rajado.

Se nos muere la patria aunque cree que está sana,
prestándole atención a contingencias vanas
que salen en los diarios semana tras semana
y que van repitiendo millones de pantallas.

Celebra que no bajen las acciones bursátiles
y que suba la soja y que sin muchos trámites
se arrimen inversores ponderados y ecuánimes
que apuntalen con dólares nuestras finanzas frágiles.

Y aplaude cuando ganan efímeros laureles
deportistas tramposos, fallidos mercaderes,

literatos herméticos o pulcros delincuentes
y admitiendo que jueces sean dueños de burdeles.

Vencida de antemano, resignada al despojo
que supondría perder la plata y el decoro
a manos de acreedores con créditos dudosos
o audaces tenedores de bonos del tesoro.

Incapaz de oponer su estilo y su talante,
tenaz imitadora de modas culturales,
de dogmas económicos que causan daños graves
a las finanzas propias y a las arcas fiscales.